

# Un Médico Joven y su Drama

por *Sebastián Salazar Bondy*

El libro que Miguel Lladó acaba de publicar, relato de las experiencias de un joven médico en la dura iniciación de su carrera profesional, no es propiamente una novela (1). Para serlo le falta calidad literaria, técnica constructiva e interés narrativo. En cambio, trata de un documento vivo de la experiencia heroica de quien, movido por una insobornable vocación, elige la más humanitaria de las ciencias y en su ejercicio inicial choc con los obstáculos de la incomprensión, el lucro, la intriga, la desorganización o la envidia, característicos, entre otros, de nuestro medio. La amenidad de esta historia, evidentemente basada en sucesos autobiográficos de su autor, radica en su condición de alegato desgarrado contra todo lo que, dentro de este orden de cosas, es en nuestro país defectuoso. Lladó posee sensibilidad, fluencia expresiva, franqueza, y lo que nos cuenta en el centenar de páginas de su "diario de un médico" nos conmueve más de una vez.

El médico es el profesional que más cerca se ha de la faz sufriente de la humanidad: él llega hasta los hogares paupérrimos, el tantea el cuerpo mismo de la miseria, el oye el llanto de la madre o el hijo flagelado, el sabe bien de la esperanza que encarna su presencia y del desconsuelo que arrastra su menor fracaso, y si es, como el que ha escrito las páginas de la obra comentada uno de los que trabajan en las barriadas y los pueblos, su relación con la vida y la muerte, cuya frágil frontera tantas veces es fracturada, tiene una intensidad profundísima. Y ahí que en el mé-

dico haya siempre algo de sacerdote y algo de artista, sobre todo si, por desprendimiento y sentido de su esencial deber, desdeña el éxito fácil y amañado, y se entrega a la práctica desinteresada de su oficio. Los sinsabores de que está sembrado el camino del facultativo que comienza están sintetizados en los diversos episodios de los primeros años de la carrera de



Miguel Lladó

Marcelo Linares, personaje central del libro, en quien, no obstante los tropiezos, la fe se aviva cada vez con mayor llama. La serenidad que evoca en la nota prologal —que viene después de esa etapa en la que es "un hombre profundamente triste o un hombre trágicamente angustiado", según dice Lladó— será en la madurez, al fin, el remanso de las tempestades juveniles.

Lladó ha dejado constancia de sus desazones, de sus rebeldías, de sus entusiasmos, de sus promesas, de sus iras, de sus protestas, pero, a pesar de la amarga materia que contiene su relato, lo ha insuflado de un extremo a otro con ese fervor que

lo liberó de las tentaciones mundanas y lo lanzó valientemente al barro humano. Es decir, que lo salvó. Porque la peripetia de este médico de barrio, que es inconforme y puro, contada con espontaneidad, es la prueba cabal de que la vocación, si es cierta, resiste todos los peligros. Por eso es que "Huellas Perdidas" debiera ser leído por todos los escolares que se sienten llevados hacia la Medicina y, también, por todos los que en San Fernando se preparan para cumplir la misión médica. La alternativa honestidad o comercio, que se resuelve en la más brutal de pobreza o riqueza, es una clave sustancial para el reconocimiento de la legitimidad del llamado profesional. Ser lo que Lladó denomina "médico de corazón" es anteponer la obligación consoladora al propósito mercantil, y eso es simple. Cuando se estudia, cuando se jura, cuando se va a dar el primer paso, todo hombre de ciencia debiera saber que le esperan más desengaños que glorias. Marcelo Linares nos lo hace saber con crudeza y libertad.

En lo que a lo literario respecta, hay que lamentar que Lladó se haya dejado llevar muchas veces por lo aparentemente literario. Los diálogos, por ejemplo, no siempre tienen el carácter coloquial que requiere toda narración. Parecen discursos o proclamas. Y así como ellos pecan de retóricos, los monólogos interiores, donde está implícita toda la doctrina del autor, padecen de una ingenuidad no siempre compatible con la dramaticidad del conflicto. Mas todo esto, que es poco en alguien que no escribe porque es literato, sino porque tiene mucho que decir sobre la existencia, no mella el contenido mismo del libro y su valor ejemplarizador, incólumes como incólume está el espíritu de aquel que, colmado de pasión, escribió tan emocionantes páginas.

(1) MIGUEL LLADO, "Huellas Perdidas. El diario de un médico", Lima, 1957.